



EL SUBURBIO

CUANDO la ciudad crece deprisa, tal como acontece en nuestro tiempo, se espera un fenómeno que consideramos poco estudiado. El de la selección económica de los habitantes. La demolición de casas viejas en el centro de la ciudad, para ser sustituidas por edificios de nueva planta, expulsa, a aquellos ciudadanos cuyos recursos no les permiten acceder a las nuevas construcciones. La selección económica se impone inexorablemente. Muchos de quienes abandonan el casco central de la ciudad, impelidos por esa fuerza, han de buscar refugio en los extrarradios, cambiando las ventajas inherentes a la vida en el corazón de las urbes por la radiación en zonas, quizás no de su agrado. Esto no significa que en este cambio de alojamiento haya una pérdida del confort, que generalmente no es así, ya que las viviendas que se derriban carecen, muchas

veces, de los más imprescindibles servicios higiénicos y sanitarios, en tanto que las construcciones que se van a ocupar, en edificios creados casi siempre, ofrecen un mínimo de condiciones honorables. Pero el desarraigo se produce, y en condiciones dolorosas. La ciudad —en sus núcleos vitales— crece a expensas de las viejas casas que se destruyen. Los nuevos pisos, por compra o alquiler, estarán a disposición de quienes gozan del necesario poder adquisitivo. Se logra así el flogo biológico en la vida socio-económica de los pueblos. El alejamiento del centro comercial, oficial y cosmopolita se suele condicionar a los medios de fortuna de cada cual. Las mejores avenidas, las calles consideradas como elegantes, las plazas señoriales y generalmente las más suntuosas vías tienen inquilinos cortados por un parecido rasero económico, lo que sucede, también, en diferentes estratos sociales, a causa de esta segregación señalada.

Ahora bien, el suburbio es algo móvil. Se desplaza al mismo ritmo que el crecimiento de la ciudad, y cuando el ensanchamiento se hace con rapidez el suburbio quizá es absorbido por la expansión. Pisos flamantes se yerguen en parajes suburbanos, en esas infrahumanas colmenas que los franceses bautizaron con el significativo nombre de "bidon-villes". Ello no representa la desaparición del suburbio, sino más bien su distanciamiento geográfico. Los miserables habitantes de las chabolas, las cuevas y las lamentables viviendas son arrojados por la civilización, no eliminados como clase urbana, puesto

que más bien se les desplaza a otros lugares. Así hasta que la ciudad avanza más y obliga a otro retroceso. Un autor americano, Michael Harrington, explicó este proceso, tal como el mismo se produce en las poblaciones capitales de los Estados Unidos. Del estudio sociológico que Cáritas Española acaba de publicar se deduce que el chabolismo, en ese límite que señala la palabra, está arraigado con más fuerza a la gran capital. En 1961, un total de 28.291 familias vivían en las chabolas de los suburbios madrileños. Alrededor de un 84 por 100 de la población activa de ambos sexos realizaban trabajos sin especialización. Juzgando con relación a Granada, con un residuo suburbial muy sedimentado, la inmensa mayoría de los habitantes del suburbio son bañiles sin especialización, esto es, peones. Hay asimismo barrenderos, traperos, limpiabotas, mozos de carga, etc.

No puede, por otra parte, ser considerado el suburbio como una concentración de gentes viviendo en casuchas de lata, cuevas y edificaciones al margen de las ordenanzas municipales. El suburbio existe principalmente cuando se da un problema de marginación. Aquí radica el más acuciante de los dramáticos dilemas que plantea el suburbio a la ciudad. Su marginación, su apartamiento, su aceptación como algo natural. Los cinturones de las grandes capitales arrojan diariamente la carga de su personal a las tareas comunes de la ciudad, para después replegarse en su "hinterland" y quedar aislado del quehacer común. No es extraño, pues, que, como ocurre en Madrid, el 55 por 100

prefieran continuar en el mismo barrio, sin deseos de mejorar de suerte. Es la justa correspondencia a la actitud desdenosa de la ciudad. En tanto, para quienes quieren cambiar, pocos expresan sus deseos de "penetrar" en la ciudad, de cambiar de suerte y de abandonar la compañía. Son razones de otro tipo las que alegan los habitantes de los suburbios para un cambio de residencia: por estar muy lejos del trabajo, por falta de medios de comunicación, por malas condiciones del barrio, etc.

Hay problemas que el tiempo va reduciendo, convirtiéndolos en mínimos, pero éste de los suburbios amenaza con crecer masivamente. Los excedentes que el campo arroja a la ciudad, el desarrollo de la industria, el macrocefalismo de las capitales y el señuelo dorado de la televisión, el cine y otros medios difusores propagan hacen que aumente desordenadamente el número de quienes escogen la ciudad en las condiciones que sean y sin hacer remilgos a una paupérrima situación de vida, seguramente porque existe ya un hábito parecido.

El suburbio, esa lastra que cae sobre todos, precisa de una comprensión urgente. No es, desgraciadamente, algo que se resuelve con unos cientos de viviendas baratas y una quema o destrucción de chabolas e indignantes viviendas. Hay que calar mucho más hondo y con mucho más amor en estas excrecencias de la ciudad, en la irritante desigualdad que hemos de acostumbrarnos a no ver como algo inevitable, sin solución y sin otro remedio que una caridad epidémica.

MIGUEL ANGEL PASTOR

LOS LIBROS CONTRA LA PESTE

EL editor Robert Laffont, en el Congreso que ahora han celebrado en Ruan los libreros franceses, ha declarado: «Se quiere convencer a Francia de que es el país más culto del mundo. ¡Pues es falso! ¡Francia está desnuda! (culturalmente, se entiende). Nunca se ha hablado más de la cultura que en nuestros días. Eso de la cultura es una verdadera tarta de crema. Sólo hay dinero para el teatro, el cine, los discos... Pero se olvida que la base de toda cultura es el libro».

El anónimo periodista a quien debo esta información comenta luego que es curioso contrastar el espíritu de estas declaraciones de monsieur Laffont con el espíritu triunfalista en que se ha venido haciendo la propaganda de la jeria del libro de Madrid, por ejemplo, tan canija en cantidad y calidad. Pero lo que nos ocurre a los españoles en este aspecto es lo que ocurre a los pobres que, un día, llegan a reunir diez mil pesetas y creen entonces que nadan en dinero.

La progresiva americanización de nuestra sociedad tiene una manifestación más en esta especie de desprecio del libro o de su uso casi sacrilego para ornato de gabinetes y despachos exclusivamente. No es que tuviera aquí muy buena fama el lector ni el intelectual desde siglos, ni que hayamos nacido o nacido en abundancia de libros, pero ahora el cine más que el teatro, el disco y la revista ilustrada y cotilla de casorios o divorcios de los desocupados y poderosos de la tierra parece que

se bastan por sí solos a satisfacer las muy escasas necesidades espirituales del país.

El precio del libro es un argumento que vale, desde luego, pero en muy concretos casos, porque podemos observar muy bien que junto a muebles suntuosos, tocados refinadísimos y de gran precio, pantagruélicas y casi cotidianas cenas y estrenos de cine, la biblioteca de estos privilegiados de la fortuna o de las estructuras socio-económicas está compuesta por una serie de títulos absurdos de novelas luchas sin categoría alguna o cosas por el estilo. O bien hay en ellas una mezcla de cosas tan sin sentido que en seguida podemos concluir que su dueño compra por metros los libros para impresionar a sus amistades.

«Cómo es posible, por ejemplo, que un lector de «Ser y tiempo» de Heidegger lo sea a la vez de uno de esos inefables libros yanquis: «Cómo ganar amigos»? Y luego están las bibliotecas públicas cuyos regentes se lamentan a diario de la escasez de dinero para tenerlas al día y hasta del casi ininterrumpido reposo en que los libros realmente valiosos se encuentran en ellas sin que nadie los pida.

En la aludida asamblea de Ruan se ha dicho, por ejemplo, que en la U.R.S.S. frecuenta las bibliotecas públicas el 30 por ciento de la población; en Inglaterra el 28 por ciento; el 20 en los Estados Unidos, y que en Francia solamente acude un seis por ciento. La asistencia en

nuestro país es todavía menor, pero para que la estadística fuera más decidera tendríamos que saber también qué es lo que lee ese público en esas bibliotecas, porque a lo mejor no merece la pena presumir de cifras altas de lectura.

Sin embargo la verdad es que no hay otro camino para adquirir la cultura que el leer reposado, intenso y personal. Las sociedades superindustrializadas van dejando poco tiempo para él y creo que calculadamente. Prefieren cerebros electrónicos o, lo que es igual, especialistas del trabajo que no piensen por propia cuenta. «No nos interesan hombres con mentalidad», decía un reciente anuncio de oferta de trabajo a universitarios recién graduados, inserto en un periódico madrileño y que luego he visto comentado en alguna parte con iracunda crítica como es natural. Eso mismo es lo que decía el señor Bravo Murillo: «Aquí no necesitamos hombres que piensen, sino buyes que trabajen».

Y ahora se ha puesto de moda también ese juego de los psico-tests que seleccionan a maravilla la mediocridad intelectual y las personalidades conformistas, ya que éstas son las únicas que pueden interesar en los circuitos, cuadriláteros, rayitas y demás chirimbos cruzados así o así que es lo que consisten esos psico-tests. Shakespeare, Fray Luis de León o Miguel de Unamuno serían declarados en seguida no aptos, no desarrollados. Afortunadamente, claro está. Pero la

otra cara de la moneda es que el ser declarados una cosa así lleva consigo el quedarse sin trabajo en nuestra sociedad anti-humanista y, pronto, anti-humana, si va por este camino, y por lo tanto, hasta esos psico-tests significan de hecho una coacción (a contrario) para hacer entrar por el aro a los espíritus independientes encarnados ellos también y necesitados de comida y zapatos y que eviten el contacto de las grandes lecturas que si les llegan al alma les proporcionarían un buen fracaso en esta prueba de los psicotests. De modo que exactamente como en el XVI, aunque por motivos distintos o solamente aparentemente distintos, parece que va a ser un orgullo el no saber leer o saber leer solamente «Selecciones» o cosas así de inefables y estúpidas.

Porque parece que hay mucha gente interesada en que en nuestro universo mental de 1965 sigan actuando los súcubos e incubos de la violencia, el racismo o las tiranías de cualquier tipo y que pasen incluso por ser cosas excelentes. Y es que en realidad estas cosas se cobaban de tan bonitas razones, se lanzan al consumo en tan encantadora propaganda y se consumen tan sin sentir que es preciso tener una gran reserva mental y cultural, adquirida a través de mucha lectura y reflexión, para no caer víctimas de toda esa peste, esas solitaciones a lo irracional, a lo entusiástico, a lo dionisiaco que recibimos todos los días. Las octavillas y panfletos, las revistas ilustradas, la imagen de la televisión y el cine y las musiquillas pegajosas hacen lo posible para que el hombre que intenta conquistar no piense, para encantarle y arrastrarle. Por eso Hitler odiaba tan sinceramente los libros: son los únicos que nutren contra esos encantamientos, los que nos harán libres e inatacables. Y hoy como ayer sigue siendo verdad aquella profecía de Hume: «Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres», donde se desprecia a los libros se desprecia a los hombres, donde se les utiliza se utilizará a los hombres, donde se les prohíbe, los hombres tampoco van a gozar de libertad».

Lo que no quiere decir que los mismos que se llaman ilustradores del pueblo no traten sino de atosigarle en vez de servirle, que es contra lo que protestaba Unamuno cuando en las llamadas «Bibliotecas populares» destinadas a hombres que no sabían la ley del péndulo o la función clorofítica de las plantas se encontraba «el origen de las especies» de Darwin o los libros más absurdos de Kropotkin o «Jesucristo no ha existido» de no sé quién.

Unamuno protestó de que se leyese un libro tan desprestigiado como este libro y aseguró a uno de sus lectores que hoy nadie con cierta responsabilidad intelectual dudaba de que Cristo hubiera existido: «Pues lo siento —le contestó el lector—. Porque no debió haber existido». Después de cuya contestación don Miguel se puso a hacer el panegírico del analfabetismo, naturalmente. Pero del «buen analfabetismo», quiero decir del analfabetismo del que no sabe leer, no el del analfabetismo de tantos lectores, como el referido, para los que los libros son solamente alimento de su sectarismo, y cuando un libro no halaga a sus gustos e ideas preconcebidas y monótonas lo arrojan lejos de sí o hasta lo queman. Son los que dicen: «mi no hay quien me saque «mi idea». Dios nos asista de estos «seguros» que leen para asegurarse en sí mismos y hacer asegurarse a los demás por la fuerza.

JOSE JIMENEZ LOZANO

UN PROVECHOSO NEGOCIO

DENTRO de los países desarrollados se está produciendo un fenómeno curioso. Mientras se hacen asequibles un sin fin de productos superfluos, que van desde el último ingenio electromotélico al reciente modelo automovilístico, resulta casi imposible cubrir una de las más viejas necesidades del hombre: el alojamiento. El movimiento ascendente de los precios en la construcción no guarda relación alguna con el de los otros sectores productivos. Amparado en el "status" de la propiedad privada de la tierra, parece desafiar cualquier intento de dirigismo económico. Y ni la constante afluencia de capitales —en nuestra patria, a finales de 1963, el 13,4 por 100 de las sociedades anónimas eran constructoras e inmobiliarias, con un promedio de 7,5 millones de pesetas por sociedad— ni el empleo de la más avanzada técnica, ni las ayudas oficiales, parecen suficientes para detener la corriente alcista.

Al abordar los problemas de la edificación parece olvidarse siempre el factor más importante: el solar. Prefiriendo girar en torno a la carestía de los materiales o de la mano de obra que a nada compromete. Se calcula que el precio del terreno viene a representar un tercio del coste total de una casa pequeña. Y aunque los beneficios se han incrementado de un modo estimable para las empresas constructoras y auxiliares, sigue siendo el propietario de la tierra quien se lleva la mayor parte del pastel.

En las sociedades clasistas, donde a cada estamento social

se le asigna un sector urbano determinado, el mal se agrava considerablemente. El envase del solar condicionará entonces su precio. Y, así, el valor del metro cuadrado en una avenida céntrica podrá centuplicar el precio pagado en terrenos suburbanos de desmonte. Se comprende que la construcción que se asiente en la periferia no gozará de las ventajas de la que se levante dentro del casco ciudadano. La pavimentación, las comunicaciones, los servicios, etc., varían ostensiblemente, produciendo una fuerte demanda allí donde las comodidades se manifiestan en mayor número.

Es fácil comprender lo que este estado de cosas supone para los especuladores, que con sólo mantener una política de manos muertas van viendo cómo sus inmuebles aumentan considerablemente de valor según pasa el tiempo. Claro que a esto se argumentará con aquello de la inviolabilidad de la propiedad privada. Pero realmente existe aquí? La tierra tiene, desde luego, un valor propio, un valor de coste. Mas a su estimación inicial se ha ido incrementando una plusvalía, en cualquier caso, ajena a la naturaleza de la propiedad y al impulso del propietario. Su incremento se debe a una promoción ciudadana, como resultado conjunto del esfuerzo de la sociedad. El principio fundamental de que «los valores de la propiedad que aumentan por la acción de la sociedad debe acrecentar la comunidad y no los intereses particulares» resulta aquí incontestable.

En otros países de Europa se

han hecho interesantes experiencias con el fin de evitar que los beneficios de la colectividad no queden en un segundo plano frente a los privados. Así los Gobiernos de centro-izquierda italiano y el laborista inglés llegaron a conseguir una política de socialización del suelo urbano, oponiéndose a un mercado libre de solares, cuya libertad era únicamente aprovechada por los especuladores que explotaban la escasez y la necesidad desesperada de la gente.

La fórmula a que recurrieron fué la creación de una «Comisión de la Tierra» a través de la cual realizaron la compra de solares. El precio se fijaba de acuerdo con el valor para el uso a que se destinaba, más una cantidad suficiente para cubrir cualquier pérdida posible del propietario y que pudiera animar la venta voluntaria de los terrenos. Las empresas privadas habían de adquirir de este modo la tierra a través de la Comisión, o bien de un modo directo cuando ésta hubiese decidido no comprarla. Aunque en principio la transferencia de la propiedad de solares a la Administración se hizo de un modo gradual, fué suficiente para detener de un modo efectivo el alza incontrolada y la explotación del público por el especulador y el propietario privado.

La propiedad pública de los solares hizo aumentar inmediatamente las facilidades para una eficaz planificación en las ciudades. En 1947 se promulgaba en Inglaterra la ley Town and Country Planning Act, que permitía más adelante la edificación de los célebres «New Towns», las ocho nuevas ciudades que rodean a Londres, y que han constituido el intento más serio, que se ha llevado a cabo en el mundo occidental, para obtener un urbanismo verdaderamente democrático; lejos de la crueldad de una construcción capitalista donde se regatea hasta el último palmo de espacio.—GUILLERMO DIEZ

PARADA Y FONDA

UNA revista italiana acaba de hacer pública una estadística en la que se da detalle de lo que gasta el turista por su alojamiento en diversos países del mundo. Vale la pena comentar algunos extremos de este gasto. En cabeza figuran los Estados Unidos, país prohibitivo en cuanto a turismo barato; los alojamientos más económicos los dan los hoteles yugoslavos, griegos, holandeses y españoles.

Unidos, 650; Francia, 430; Grecia, 210; Holanda, 300; Italia, 260; Inglaterra, 430; Suecia, 350; Suiza, 335; Yugoslavia, 300, y España, 250 pesetas.

Del cotejo de estas cifras se extraen interesantes conclusiones. La primera de ellas —y siempre refiriéndonos a nuestro país— es la de que en gasto de alojamientos, para establecimientos hoteleros de superior categoría, no va muy a la zaga España respecto al resto de Europa. A excepción de Francia, en Italia, Austria, Grecia, Yugoslavia y Holanda están en disposición de ofrecer este servicio en condiciones más baratas o sensiblemente similares a España. Y muchos de estos países están acusando la onda turística, sobre todo aquellos del área mediterránea. Es más favorable, sin embargo, la situación en cuanto a los precios en hoteles de tipo medio, donde aún se compite, si bien las diferencias se van cortando. Hay algo que conviene meditar. En los porcentajes de carestía por este concepto, y durante el tiempo transcurrido entre 1963

La estimación se realizó entre los meses de enero de 1964 y febrero de 1965, e incluye gastos de alojamiento que comprenden los precios de una habitación con baño, calefacción, servicio e impuestos. Naturalmente, los extras aparte. Hacemos una valoración aproximada en pesetas.

Estos son los precios que rigen para establecimientos de lujo y primera clase en los países que se detallan, durante el período indicado: Alemania, 625 pesetas; Argentina, 975; Austria, 540; Bélgica, 600; Estados Unidos, 1.300; Francia, 900; Grecia, 500; Holanda, 500; Italia, 520; Inglaterra, 770; Suecia, 700; Suiza, 600, y Yugoslavia, 500. España, por su parte, da unas 560 pesetas.

Para establecimientos hoteleros de categoría media los resultados varían sensiblemente. Así observamos que Alemania acusa un gasto diario de 280 pesetas; Argentina, 400; Austria, 250; Bélgica, 300; Estados

Unidos, 650; Francia, 430; Grecia, 210; Holanda, 300; Italia, 260; Inglaterra, 430; Suecia, 350; Suiza, 335; Yugoslavia, 300, y España, 250 pesetas.

Las conclusiones son lógicas. Hay un progresivo acercamiento que, en el caso de continuar con esta tónica, llegará tal vez, en muy corto tiempo, a situar los precios nacionales a una escala europea, con un grave peligro para esa expansión turística que tanto se promociona.

No obstante, estas valoraciones revelan sólo parcialmente el fondo de la cuestión. Puesto que hubiera sido necesario contar con la realidad adquisitiva en cada caso. No es igual, por ejemplo, la estimación de estos costes en los Estados Unidos, con un intenso poder adquisitivo del ciudadano americano, que considerar los mismos en relación con otros, verbigracia el español.

JOSE GABRIEL
HUESOS Y ARTICULACIONES
TRAUMATOLOGIA
RAYOS X
Colmenares, 12, segundo izquierdo
Consulta de 3 a 6

¿Se corresponden —en cuanto a España— estos precios de alojamiento con el poder adquisitivo de adquisición, no del turismo, sino de quienes, en el interior, han de hacer uso de estos establecimientos, por necesidad o por placer? A la vista de estas cifras habremos de dudarlo, en cuanto a los ingresos de la mayoría de los españoles.

FERNANDO MENDY

NIDRAFUR
EL PREVENTIVO Y CURATIVO DEL CRD MAS EFICAZ Y ECONOMICO

ES UN PRODUCTO DE

FATON LABORATORIES
CONCESSIONARIOS EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA
CONTINENTAL FARMACEUTICA, S. A.
MADRID-1 TEL. 326 34 31

Representante en esta plaza:
D. Federico Zatarain - Perú, 15-1.º

CONTINENTAL FARMACEUTICA V-7
D. Ramón de la Cruz, 13 Madrid-1
Enviar folleto informativo sobre NIDRAFUR a la siguiente dirección:
Nombre _____
DIRECCION _____
CIUDAD _____

EL CABALLO DE TROYA